**IX Jornadas de Jóvenes Investigadores**

**Instituto de Investigaciones Gino Germani**

**1, 2 y 3 de noviembre de 2017**

**Nombre y apellido:** Rodrigo Alvarez

**Afiliación institucional:** Universidad del Salvador (USAL)

**Correo electrónico:** alvarez.rm@hotmail.com

**Grado de formación en curso:** Doctorando en Historia

**Eje problemático propuesto:** 5 (cinco)

**Título:** Abelardo Castillo. El intelectual que buscó transformar la realidad a través de las letras

**Palabras clave:** literatura, política, escritor, intelectual y compromiso

**Abelardo Castillo. El intelectual que buscó transformar la realidad a través de las letras.**

**Resumen**

El presente trabajo de investigación pretende analizar cómo Abelardo Castillo entendía la literatura en términos políticos. Sus inicios como hombre de letras datan de 1960. Por esos años, se constituyó una figura rectora dentro del campo cultural: el intelectual. Su legitimidad se debía, acorde a las reflexiones de Terán (2013), Sigal (1991) y Gilman (2012), a que construía puentes entre la cultura y la política. La lectura ideológica concedida al “hombre de pensamiento” y a sus realizaciones artísticas, estuvo permanentemente interrogada sobre su valor o disvalor social. La práctica intelectual estaba legitimada por su pertenencia a la izquierda. En este marco histórico, quien funcionó como faro fue Jean Paul Sartre, sobre todo, con su texto *¿Qué es la literatura?* (2008). Allí el pensador francés escribió sobre el compromiso del escritor de participar en favor de los cambios sociales para motorizar la revolución. Abelardo Castillo se alimentó de estas ideas y las plasmó en su literatura. Su proyecto literario representa, con cabalidad, la noción de “encarnar la letra” de David Viñas. Es decir, escribir para sentir la realidad. Castillo dirigió tres revistas literarias ineludibles de esos años: *El Grillo de Papel, El Escarabajo de Oro y El Ornitorrinco*. Además de ser autor de numerosos cuentos, novelas y dramas. Este trabajo pretende problematizar el carácter político de la literatura de Castillo. Para ello se indagará el lugar social de emisión, la posición de enunciación, los medios por los que circula su obra y los efectos que pretende producir. Para cumplir estos objetivos se analizarán, a través de la técnica de análisis de contenido, dos ensayos suyos: *Ser escritor* y *Desconsideraciones*.

**Palabras clave** literatura política escritor intelectual compromiso

**Introducción**

 Abelardo Castillo nació el 27 de marzo de 1935 en Buenos Aires. Al poco tiempo, su familia se mudó a San Pedro, y es allí, donde inicia su amor por las letras y realiza sus primeras lecturas inaugurales que lo marcarán de por vida. A lo largo de los años, según él, supo conformar dos familias diferentes. Por un lado está aquella compuesta por los familiares y amigos. Pero, por otro lado, están aquellos seres más personales e íntimos que se le unieron a su existencia a medida que los leía. Éstos integran, lo que él llama, su familia de escritores. Entre ellos se encuentran: Borges, Arlt, Marechal, Cortázar, Quiroga, Bioy Casares, Sabato, Sarmiento, Echeverría, Gombrowicz, Neruda, Barrett, Cervantes, Shakespeare, Dante, Flaubert, Tolstoi, Dostoyevski, Chejov, Akutagawa, Hemingway, Faulkner, Poe, Goethe, Sartre, Camus, Nietzsche, Kipling, Mann, Wilde, Marx, Engels, Kant, Freud, London, entre otros tantos pensadores. Ésta lista se amplía con cada lectura. En su caso, es prácticamente infinita.

 Pensar en su figura como hombre de letras, conlleva un doble ejercicio. Por un lado está el Castillo escritor. Éste supo desarrollar una vasta obra en diversos géneros: cuento, novela, teatro y ensayo. También escribió versos pero nunca los publicó. En este plano, él confesó en una entrevista, que tuvo un momento decisivo en su vida. En 1959, ganó con su cuento *Volvedor* un concurso organizado por la revista *Vea y Lea*. El jurado que lo premió con el primer puesto estaba conformado por Jorge Luis Borges, Adolfo Bioy Casares y Manuel Peyrou. Él sintió ese triunfo literario como una consagración, que de algún modo, marcó su destino: ser escritor.

 Su versatilidad literaria le permitió trascender los límites de los géneros. Hasta el momento publicó cuatro novelas. *La casa de ceniza* (1968), *El que tiene sed* (1985), con la que ganó el Primer Premio Municipal, *Crónica de un iniciado* (1991), con la que obtuvo el Segundo Premio Nacional y por último *El evangelio según Van Hutten* (1999). En el teatro se inicia en 1961 con la publicación de *El otro Judas*. Gracias a esta pieza, le otorgan el Primer Premio del Festival de Teatro en 1964. En ese mismo año, lleva a los escenarios la vida de Edgar Allan Poe con *Israfel*. Gracias a ella, ganó el Premio Internacional de la UNESCO. Luego le siguen dos compilaciones. La primera, *Tres damas*, en 1968, y la segunda, *Teatro completo*,en 1995.

 Del mismo modo plasmó sus ideas y opiniones en tres ensayos: *Las palabras y los días* (1989), *Ser escritor* (2005) y *Desconsideraciones* (2010). En cada uno de ellos transmitió su concepción de la literatura y de algunos aspectos de la política. Allí están presentes sus opiniones sobre escritores nacionales (algunas escritas con severidad, otras con mucho humor), explicita sus influencias literarias y remarca aquellas lecturas que lo definieron como intelectual y ser humano. Asimismo rememora algunos pasajes históricos de lo que fueron las letras en la década de 1960, con una impronta más bien política, y cómo esta concepción se transformó hasta nuestros días.

En una clave similar a la de los ensayos, de expresar su mundo interior, pero, en este caso, tamizado por el correr de los días y expresado con el rigor de lo cronológico, Castillo publicó en el 2014 su *Diarios (1954 – 1991)*. En este texto, de género tan particular como es el diario, se ponen de relieve aspectos cotidianos de la persona a veces cercanos al mundo de las ideas, y otras, acontecimientos de la vida misma.

 Por último cabe recalcar su labor, en el que tal vez sea el género que mejor domina, el cuento. Publicó alrededor de más de setenta cuentos a lo largo de 50 años de escritura. Éstos están recopilados en los libros *Las otras puertas* (1961), *Cuentos crueles* (1966), *Las panteras y el templo* (1976), *El cruce del Aqueronte* (1982), *Las maquinarias de la noche* (1992), *Los mundos reales* (1997), *El espejo que tiembla* (2005) y *Del mundo que conocimos* (2017).

 En paralelo, y de manera complementaria, está el Castillo editor. Dirigió tres revistas que podrían pensarse como un único plan tanto intelectual literario como ideológico político. La primera fue *El Grillo de Papel*. Su vida se reduce a seis números. El primero se publicó en octubre de 1959 y el último en noviembre de 1960. Inmediatamente después aparece *El Escarabajo de oro*. Su existencia es la más longeva de las tres revistas. Vio la luz en 48 números, desde mayo de 1961 hasta septiembre de 1974. En último lugar están los trece números de *El Ornitorrinco* que se publicaron desde noviembre de 1977 hasta marzo de 1986. En estos proyectos, participaron entre otros tantos literatos: Liliana Heker, Arnoldo Liberman, Julio Cortázar, Ricardo Piglia, Sylvia Iparraguirre, Beatriz Guido, Dalmiro Sáenz, Carlos Fuentes, Miguel Ángel Asturias, Augusto Roa Bastos, Juan Goytisolo e Isidoro Blaisten.

Sus apariciones no tenían una periodicidad definida. Las revistas se publicaban cuando se podía, es decir, cuando las dificultades económicas estaban más o menos controladas y la asfixia política se hacía más soportable. Entre sus páginas aparecen los debates culturales y políticos que marcaron las décadas de 1960 y 1970. Allí están presentes: el existencialismo sartreano, la polémica Sartre – Camus, la estética soviética, la poesía social, la belleza estética contra el compromiso de las ideas, las letras como armas para cambiar la realidad, el vínculo entre la literatura y el cine, entre otras discusiones. En lo que respecta a la política, las tres revistas estaban pensadas y sentidas desde la izquierda. Los principales acontecimientos de ese entonces fueron pensados en sus páginas: las consecuencias de la guerra civil en España, la guerra en Vietnam, la lucha entre la Unión Soviética y los Estados Unidos, los procesos de descolonización en África, la revolución comunista en Cuba y las dictaduras en el continente de América Latina.

Su trabajo incansable, que prácticamente no dejó espacios sin abordar, le deparó algunos de los premios más prestigiosos en el ambiente de las letras argentinas: Mención Especial Premio Casa de las Américas, Premio Internacional de Autores Contemporáneos de la UNESCO, Premio Nacional Esteban Echeverría, Gran Premio de Honor de la Sociedad Argentina de Escritores y el Premio Konex en distintas categorías.

Por todo lo antedicho, Abelardo Castillo es uno de los grandes escritores que tuvo la Argentina en el siglo pasado. El propósito de este trabajo es presentar un análisis abarcador de las principales características de su pluma. Para ello se indagará en sus dos testimonios intelectuales: *Ser escritor* y *Desconsideraciones*. El objetivo principal es dar cuenta de cómo Castillo pensaba y sentía la literatura y, a partir de ella, buscar cambiar la realidad.

**Década de 1960: un período marcado por la política**

La labor intelectual de Abelardo Castillo en el campo de las letras tiene un momento histórico preciso: la década de 1960. Sería un error si se pensara a estos años en términos cronológicos. Es decir, diez años que se suceden unos a otros. Existe una lógica de época que hermana a los años ’60 con los ’70. Esta concepción de la historia se debe a que se produjeron un conjunto de hechos trascendentales que serían incomprensibles si se los pensara de manera cronológica. Sobre esta mirada, Gilman entiende que “la lógica de la historia parecía ineluctable, y su modo de temporalidad se expresaba por la emergencia de tiempos rápidos, cuya mejor metáfora es la del carro furioso de la historia, que atropellaba a los tibios en su inevitable paso” (2012: 37)

 Estos años se recortan del devenir temporal por su propio peso. Se trata de un pasado reciente cuyas consecuencias, todavía, interpelan el presente. Este período tuvo una característica central: la esfera política atravesó prácticamente todas las prácticas sociales y era la dadora de sentido de cada una de ellas. Todo era pensado y sentido a partir de la política. Oscar Terán y Silvia Sigal, entre otros tantos estudiosos de la época, coinciden en caracterizarla como un momento de transformación que era percibido como inevitable y que llegaba a todos los resquicios de la vida social, tanto en el plano objetivo como subjetivo (Terán, 2013) (Sigal, 1991) Se buscaba transformar, de raíz, las instituciones, las subjetividades, el arte y la totalidad de la cultura (Gilman, 2012).

Claudia Gilman destaca un elemento que permitirá entender con cabal comprensión estos años: la Política, como elemento legitimador de acciones, tenía más peso que la Verdad, “sin que esto signifique asumir que Política y Verdad sean necesariamente antagónicas, sino simplemente que pueden serlo y que, en parte, lo fueron en algún momento del período” (Gilman, 2012: 41). Cuando esta contradicción cobraba relevancia, lo ideológico predominaba.

En este escenario, la figura del intelectual adquirió una relevancia ineludible. Esto se debe a que el intelectual establece vínculos con la cultura y la política (Terán, 2013) (Sigal, 1991) (Gilman, 2012). La lectura ideológica concedida al “hombre de pensamiento” y a sus realizaciones artísticas, estuvo permanentemente interrogada sobre su valor o disvalor social. La práctica intelectual estaba legitimada por su pertenencia a la izquierda. Como afirma Gilman: “la creencia en la ineluctabilidad del socialismo fue de la mano con la idea de que éste (y no el capitalismo) encarnaba la verdadera racionalidad histórica: la dominación de las mayorías por parte de las minorías resultaba, para buena parte de la intelectualidad, una realidad que repugnaba no solamente a la ética sino fundamentalmente a la inteligencia” (2012: 42).

El medio prioritario en el cual expresaron sus ideas y perspectivas respecto de lo que sucedía en el mundo, fue en las revistas culturales. Su proliferación demuestra el carácter polémico de los discursos característicos de esa época. Las revistas están plagadas de discusiones sobre cómo cambiar la realidad social a través de las letras. Gracias a este procedimiento de publicación con una periodización definida, muchos escritores se convirtieron paulatinamente en intelectuales, producto de sus continuas intervenciones en la esfera pública. Con el paso del tiempo, las revistas se conformaron en verdaderos espacios centrales de intervención (Gilman, 2012)

 Asimismo, además de su carácter polémico e interventor de la realidad, las revistas implicaron una evaluación de la producción literaria de América Latina. Se buscó, a través de sus páginas, construir una nueva tradición más cercana a los espacios del modernismo, con una estética renovada y un contenido acorde a los tiempos revolucionarios. Fue una operación simbólica que pretendió romper con el folklore y el nativismo imperante en las letras latinoamericanas. La consecuencia de esto fue el trastocamiento de los criterios y valores culturales hegemónicos para imponer unos nuevos y priorizar la mirada tercermundista.

 La unión de lo político con lo cultural consolidó, poco a poco, una nueva configuración de la idea de América Latina. En un contexto mundial bipolar, marcado por los enfrentamientos entre Estados Unidos y la Unión Soviética, la premisa de que los países del tercer mundo podían intervenir sin aliarse con ninguno de las dos potencias fue cobrando fuerza. Se fortaleció la convicción de que la Historia ya no se asentaba en el norte, sino en el hemisferio sur (Gilman, 2012). La agenda cultural, sostenida sobre una nueva concepción política, apuntaló un perfil antiimperialista y valorizó los ideales de la soberanía y la liberación de la opresión. Esta nueva visión del mundo se tradujo a la literatura. En esta época, las letras latinoamericanas se consagraron a nivel mundial y alcanzaron el pico máximo de visibilidad. Sus principales exponentes fueron galardonados con los premios más prestigiosos como el Rómulo Gallegos o el Premio Nobel. Sus obras se tradujeron a una gran variedad de idiomas y alcanzaron números exorbitantes de ejemplares editados.

**Una figura clave de la época: Jean Paul Sartre**

Abelardo Castillo destacó la influencia que generó el pensador francés en prácticamente la totalidad de los escritores de su generación (Castillo, 2007) (Castillo, 2010). El intelectual argentino manifestó que Sartre, a través de sus escritos y de su comportamiento, le enseñó a pensar, a escribir y a comprender el mundo. Sin embargo, más allá de obras de incuestionable valor como *La náusea*, *Las manos sucias*, *Las moscas*, *El muro*, *El ser y la nada*, existió una en particular que ejerció un profundo influjo en los hombres de letras: *¿Qué es la literatura?* En sus páginas se explica el fundamento social de la literatura: tiene que estar al servicio de la revolución (Sartre, 2008)

 Desde esta perspectiva, todo escrito tiene un determinado sentido, aunque éste no sea el que el autor quiso imprimirle. En consecuencia, el escritor siempre va a estar comprometido, indistintamente de su acción o inacción, “está en el asunto, marcado” (Sartre, 2008: 9). La posición de Sartre es tan tajante al respecto que la compara con una piedra. Por más que se mantenga la quietud y el silencio más extremos, ambas actitudes pasivas representan una acción. Para él, “cada palabra repercute, y cada silencio también” (Sartre, 2008: 10) No existe la alternativa, no se puede evadir la situación social e histórica que lo rodea y define como ser humano concreto. Es por este motivo que debe abrazarse a su época porque “ésta está hecha para él y él está hecho para ella” (Sartre, 2008: 10).

 Esta filosofía que pondera el tiempo presente, encuentra en los lectores contemporáneos a los receptores naturales de cada palabra escrita, ni a los de ayer, ni a los de mañana. El objetivo es nítido: cada sílaba plasmada en el papel debe contribuir, de alguna manera, a que se produzcan ciertos cambios en la sociedad. Sartre se ubica del lado de “quienes quieren cambiar a la vez la condición social del hombre y la concepción que el hombre tiene de sí mismo” (Sartre, 2008: 12). De ser esto posible, la literatura tendría una función social: transformar la realidad con cada letra escrita.

 Esta transformación, que parte de la esfera simbólica, no promueve un cambio en el conocimiento puro sino una liberación definitiva de las ataduras. El pensamiento sartreano concibe al hombre como una totalidad. Es por ello que la ruptura debe ser total y abarcar todos los espacios constituyentes. Sartre afirma que “hace falta que el hombre se libere totalmente, actuando lo mismo sobre su constitución biológica que sobre su condicionamiento económico, lo mismo sobre sus complejos sexuales que sobre los datos políticos de su situación” (Sartre, 2008: 19) Por más condicionamientos que posea, el hombre puede ser un centro de indeterminación irreductible. Ese factor de imprevisibilidad es la libertad humana. La literatura es la herramienta que permite expresarla.

 Para lograr este propósito no se necesitan grandes cosas. Para que un hombre se comunique con otro hombre, a través de la palabra, sólo son necesarios, tan sólo, los escasos medios con que se dispone. Nada más. Para Sartre, “la obra escrita es un hecho social” (Sartre, 2008: 43) El escritor, antes de tomar la pluma y ejercer su oficio, debe estar profundamente convencido de lo que va a comunicar. En primera medida, debe estar al tanto de su responsabilidad. Para el filósofo francés, “es responsable de todo: de las guerras perdidas o ganadas, de las revueltas y represiones; ser cómplice de los opresores, si no es el aliado natural de los oprimidos” (Sartre, 2008: 43). Esa responsabilidad tiene que ser sentida en el interior de su ser. La vida y la escritura son sinónimas porque la vida se expresa en empresas y la empresa de un escritor es escribir. Del otro lado, el lector, también participa del compromiso por medio de la lectura. Para un contemporáneo, inmerso en la misma subjetividad histórica, leer equivale a escribir en lo que respecta a los riesgos.

 En esencia, la prosa es utilitaria. El prosista se sirve de las palabras para un fin determinado. Las palabras no son artificios abstractos sino extensiones del cuerpo, se pueden sentir, cada vez que son empleadas son percibidas por los otros. Pero, ¿cuál es el fin utilitario de la literatura? Revelar las cosas ocultas del mundo. Cada vez que alguien habla (de manera escrita u oral), actúa, y esa cosa que nombró ya no es la misma que antes de ser enunciada. Una vez señalada pierde su inocencia y es conocida por todos. Ya nadie es indiferente ante ella, todos la conocen. Por medio de este procedimiento, el prosista actúa por revelación.

 Esta responsabilidad de revelar el mundo conlleva un compromiso. El escritor comprometido “sabe que la palabra es acción; sabe que revelar es cambiar y que no es posible revelar sin proponerse el cambio” (Sartre, 2008: 62) Bajo esta concepción, la imparcialidad o neutralidad ante lo que sucede en el mundo es imposible. Asimismo cuando al lector se le revela algo que desconocía, ya lo conoce, y en consecuencia, se inaugura su responsabilidad respecto de eso que acaba de conocer por intermedio de otro hombre. Gracias al escritor, nadie puede ignorar el mundo y definirse como inocente frente a lo que sucede en él.

 La relación que se construye entre escritura y lectura es dialéctica. Una supone la otra y, en ese proceso, se enriquecen ambas acciones. Su conjunción es la que permite el nacimiento de la obra de arte en términos espirituales. Sólo existe el arte por y para los demás. Toda obra literaria es un llamamiento. Escribir significa solicitar a la lectura que objetivise la existencia de aquello que fue revelado por medio del lenguaje. En este punto se ponen en juego las libertades de los dos actores. Para Sartre, “la libertad del autor recurre a la libertad del lector para que ella colabore en la producción de la obra” (Sartre, 2008: 79). La lectura culmina con lo que se inició en la escritura. Gracias a esta dependencia mutua surge la generosidad: “cada uno confía en el otro, cuenta con él y le exige tanto como se exige a sí mismo” (Sartre, 2008: 86).

 Bajo esta concepción filosófica la obra de arte es un acto de confianza en la libertad de los hombres. Como afirma Sartre esto se debe a que “ya que quien escribe reconoce, por el hecho mismo de que se toma el trabajo de escribir, la libertad de sus lectores y ya que quien lee, por el sólo hecho de abrir el libro, reconoce la libertad del escritor” (Sartre, 2008: 92).

**Abelardo Castillo: entre el compromiso literario y la belleza estética**

En una entrevista que se publicó en la revista *El Aromo*, número julio – agosto del 2009, Abelardo Castillo cuenta cómo nació la primera revista que él dirigió y por qué, a partir de ese momento, se asumió como intelectual. Castillo explica que su paso por la revista comunista *Gaceta Literaria* duró tan sólo unos pocos meses. Esta exigua participación en la publicación se debió a la fuerte centralización que ésta mantenía con el Partido Comunista argentino. Su argumento fue que el intelectual de izquierda no debía respectar a raja tabla un dogma vertical que se suponía incuestionable. Para él, la función de un hombre de ideas, comprometido, se construía a partir de la concepción “de una determinada idea del mundo, sí, pero poder ejercer desde dentro de esa idea, la crítica honesta” (Castillo, 2009: 12). También por este motivo es que, siendo un hombre con un claro pensamiento de izquierda, nunca se afilió al PCA. Le era, y es, esquivo al dogmatismo. Cuando, en su momento, junto con Liberman y Costantini, idearon este cisma, además dieron nacimiento a *El Grillo de Papel*.

 Esta revista creada como consecuencia de una dimisión, junto con *El Escarabajo de oro* y *El ornitorrinco*, constituye una de las más importantes en términos culturales de la década de 1960. Al principio, en el momento inicial, el propósito era eminentemente literario. En sus páginas sólo se discutiría de teoría literaria y se publicarían cuentos, poemas, breves ensayos y entrevistas a escritores. Sin embargo, producto de un contexto histórico tumultuoso, y ante “el gran vacío de pensamiento de ese momento” (Castillo, 2009: 12), sus integrantes asumieron el rol de intelectuales.

 Castillo, si bien se considera sartreano por la inmensa influencia que el filósofo francés ejerció en su pensamiento, no estaba de acuerdo con la teoría del compromiso literario tal cual la enunciaba el autor de *La náusea*. Para Castillo, “el que está comprometido es el hombre, y el hombre compromete su integridad, en la que participa su cuerpo” y, aclara, “cuando yo me comprometo con una idea o con una acción es Abelardo Castillo, en totalidad, el que se está comprometiendo, al que pueden meter en la cárcel, al que pueden matar como lo mataron a Haroldo Conti o a Rodolfo Walsh. Es decir, va mucho más allá y, a veces, hasta excluye el compromiso literario” (Castillo, 2009: 12).

 Para justificar su posición, ejemplifica con los casos de Rodolfo Walsh y Federico García Lorca. En ambos casos, el escritor argentino explica que, en términos de sus respectivas obras de ficción, no se encuentra el compromiso sartreano en esencia, no obstante, es un hecho comprobable que, al primero, lo secuestrado y, al día de hoy, está desaparecido, y al segundo, lo fusilaron. Y concluye “vale decir que el compromiso pone en cuestión al escritor como totalidad en tanto ser humano que asume una posición frente a la historia” pero “a veces ese hombre es un escritor que no puede, o no quiere, o cree que no debe, llevar ese compromiso a sus ficciones” (Castillo, 2009: 12). Este punto es el que genera la polémica. Sartre entendía que sí, el escritor debe llevar su compromiso a las letras. Tal cual como él mismo hizo, entre otros textos, con su drama *La manos sucias* (Sartre, 2011).

 En línea de pensamiento, Castillo, fiel a su estilo, polemiza: “entonces, si ese escritor no puede llevar su compromiso al poema o a la novela o al teatro, ¿qué hacemos? ¿lo sacamos de la literatura? Si lo hacemos nos quedamos sin literatura porque hay muy pocos que lo pudieron lograr” (Castillo, 2009: 12). Acá se encuentra el nudo central que dá título a este apartado. Para él, para que una literatura sea comprometida, primero, y antes que nada, debe ser literatura. Para que un texto reúna las condiciones necesarias para ser considerado dentro de los márgenes de “lo literario” debe respetar ciertos aspectos vinculados a lo estético y a la belleza de las letras. Esta postura no prioriza la figura del esteta, que sólo se preocupa por la forma y desprecia el contenido. Tan sólo encuentra en lo literario a aquello obra del espíritu en la que el contenido y la forma establecen una relación dialéctica. En ella, ambas se definen y delimitan al mismo tiempo en que el escritor las pone en funcionamiento. Cosa contrario, arguye Castillo, podría pasar lo que le sucedió a Cortázar con *Libro de Manuel*. En esta novela, el autor de *Rayuela*, volcó sin ambages su posición política, sin embargo, no resultó a la altura de la totalidad de su obra. El mismo Cortázar admite esta conclusión.

**Convergencia de dos realidades: las letras y la vida**

 Se podría afirmar que Abelardo Castillo escribió dos testamentos literarios hasta el momento: *Ser escritor* y *Desconsideraciones*. En cada uno de ellos aparecen diversas miradas sobre los aspectos más variados de la literatura. Allí circulan nombres de autores, desde sus contemporáneos hasta los clásicos, obras de todos los géneros, amistades, enojos, confesiones, evaluaciones en términos culturales e históricos y demás cuestiones vinculadas al mundo de las letras. Analizar estos dos textos a contrapelo implica adentrarse en su mundo íntimo, más personal.

 La concepción que Castillo posee de la literatura se encuentra en dos citas. Los autores de las mismas son tan opuestos como admirados por el escritor argentino: Domingo Faustino Sarmiento y Karl Marx. Para el autor de *El evangelio según Van Hutten*, “la adecuada combinación de estas dos enseñanzas es todo el secreto de cualquier literatura” (Castillo, 2007: 55)

 El escritor de *El Facundo* escribió en el periódico *El Mercurio* de Chile, en 1842, su concepción respecto a lo que él entendía debía ser la escritura:

“… y en lugar de ocuparos de las formas, de la pureza de las palabras, de lo redondeado de las frases, de lo que dijo Cervantes o Fray Luis de León, adquirid ideas de donde quiera que vengan, nutrid vuestro espíritu con las manifestaciones del pensamiento de los grandes luminares de la época; y cuando sintáis que vuestro pensamiento a su vez se despierta, echad miradas observadoras sobre vuestra patria, sobre el pueblo, las costumbres, las instituciones, las necesidades actuales, y en seguida escribid con amor, con corazón, lo que sé os alcance, lo que se os antoje, que eso será bueno en el fondo, aunque la forma sea incorrecta; será apasionado aunque a veces sea inexacto; agradará al lector, aunque rabie Garcilaso. No se parecerá a nadie; pero bueno o malo, será vuestro, nadie os lo disputará. Entonces habrá prosa, habrá poesía, habrá defectos, habrá bellezas” (Sarmiento, 1842)

 La otra cita le pertenece a Karl Marx. El pensador alemán era un gran lector de literatura. Entendía que allí se encontraban grandes verdades que se escapaban de lo material, es decir, verdades espirituales. En una carta al poeta social, Lasalle, Marx le aconseja:

“Ya que escribes en verso, podrías hacer los yambos un poco más hermosos” (Marx)

 La unión de ambas miradas, de alguna manera, retrotrae la discusión a la objeción que Castillo le hizo a la teoría del compromiso literario de Jean Paul Sartre. No debe existir una preeminencia, ya sea de lo formal o del contenido. Ambas caras de la moneda se deben tallar al unísono. Sólo de esta manera nacerá algo humanamente verdadero. Además, la afirmación de Sarmiento agrega un punto de vista que hasta ahora no se había pensado: pensar en el otro. La escritura, o literatura, como medio para llegar a otro, lejano, desconocido y transformar las costumbres de un lugar. Es decir, resalta el poder creador y revolucionario de las palabras.

 Tampoco hay que dejar pasar por alto los nombres de los dos personajes históricos señalados por Castillo. Ambos fueron pensadores que tuvieron una lucidez extrema para comprender la sociedad en la que vivían. Pero no se abocaron sólo a escribir lo que interpretaban. También fueron hombres de acción, que participaron, con el cuerpo, de cambios trascendentales en donde ellos vivían. Muchas de las veces se trataron de rupturas nacidas de su intelecto.

 Esta conjunción entre estética, contenido y compromiso con la situación social, es la línea evaluadora de un escritor para Castillo. Él mismo fue un hombre que participó de estos menesteres de la letra. Asimismo son estas mismas categorías las que emplea el escritor argentino para reflexionar sobre otros escritores.

 A partir de esta tríada (estética – contenido - compromiso), Castillo va a ponderar a unos escritores por sobre otros. Uno de ellos es Albert Camus. A pesar de la fuerte polémica que mantuvo con Sartre, por el proceso de descolonización de Argelia y algunos problemas filosóficos, supo consolidarse en los debates intelectuales del momento. Castillo lo caracterizó como “el último moralista”. Según su visión, Camus siempre buscó la salvación del hombre concreto, el ser humano de carne y hueso. Esta determinación humanista lo llevó a enfrentarse a aquellas personas con las que se sentía más a gusto pero con las que tenía diferencias de fondo: la izquierda francesa y el partido comunista. La totalidad de su obra expresa con total nitidez su pensamiento. Textos ya clásicos como *El extranjero*, *La peste*, *La caída*, *El mito de Sísifo* y *Calígula*, expresan el absurdo de la vida humana. Castillo va a jugar con esta concepción para afirmar que en una vida llena de absurdos, en la cual el hombre es arrojado a la vida sin ningún tipo de justificación, la muerte prematura de Camus en un accidente de tránsito, no es una tragedia indecible, sino, su destino.

 Otro escritor que Castillo destaca es Ernest Hemingway. Si bien el novelista estadounidense no se comprometió en los términos del postulado sartreano, sí luchó contra la opresión del hombre. Un ejemplo de ello es cuando se alistó en la Cruz Roja para ser conductor de ambulancia en la Primera Guerra Mundial, o cuando combatió en la Guerra Civil Española contra las fuerzas franquistas o cuando participó del desembarco en Normandía y la liberación de París durante la Segunda Guerra Mundial. Cada una de estas experiencias está presente, de alguna manera a través del lenguaje de la ficción, en sus textos. Sus vivencias como conductor de ambulancia se tradujeron en *Adiós a las armas* y su experiencia en el campo de batalla español permitió escribir *Por quién doblan las campanas*. Castillo tiene una hipótesis al respecto. Según él, Hemingway necesitaba vivir las sensaciones para escribirlas. Todos los temas presentes en las tramas de sus escritos, primero, fueron vividos, luego, escritos. El escritor estadounidense practicó el boxeo, la pesca en profundidad, la caza de animales y presenció la corrida de toros. Cada una de estas escenas, en sus respectivos escenarios, nutrió sus letras. De alguna manera muy particular, se trata de vivir la literatura.

 En el plano nacional, Castillo reivindica la figura de Roberto Arlt. Sin embargo, esta reivindicación se lleva a cabo a través de la desmitificación de dos mitos que cimentaron la mala fama de Arlt. El primero tiene que ver con su supuesta mala escritura. Para Castillo, Arlt es un extraordinario escritor. No obstante, tal vez, en la búsqueda de una originalidad extrema y de un pulido sintáctico por demás obsesivo, el autor de *El juguete rabioso* llegaba a emplear palabras un tanto enrevesadas. Este aspecto se podía subsanar con una escritura más sencilla. El segundo mito tiene que ver con su hipotética ignorancia. Castillo rechaza de plano esta acusación. Se limita a marcar la polifonía enunciativa de sus tres novelas, a enumerar las lecturas que el propio Arlt dijo haber realizado y sobre las que escribió para dar por tierra con esta perspectiva. Por último, para culminar con las calumnias y dejar en claro su posición, Castillo ubica a Arlt como uno de los grandes escritores argentinos junto con Jorge Luis Borge y Leopoldo Marechal.

**Conclusión**

La época de 1960 llamó a los escritores para que intervinieran en la esfera pública a través de su voz. De esta manera, muchos de ellos se transformaron en intelectuales. Las revistas literarias se forjaron en el medio irremplazable para el ejercicio de la polémica y la argumentación. La esfera de la política atravesaba de matriz todas las demás y era la legitimadora de las acciones sociales. En este contexto de creciente politización del campo cultural, Abelardo Castillo inició su recorrido por las letras argentinas.

 Con una obra ficcional que no reconoce las fronteras genéricas, plasmó la forma en la cual pensó y sintió la realidad. Sin embargo, no se abocó la construcción de tramas que sólo interpelan los acontecimientos a partir del contenido sino que siempre buscó la forma más bella de expresar lo que quería decir. Abelardo Castillo, acorde con su momento histórico, entendía a la literatura como una herramienta para cambiar el mundo. Pero él sabía que no se trataba de cualquier medio para lograr un fin indiferente. La literatura, para llegar a producir esos efectos, debía ser, en primer lugar, y como él tantas veces dijo, literatura. Es decir, debía tratarse de un texto escrito de una manera bella.

 Esta concepción de la literatura, en la que forma y contenido se autodefinen de manera simultánea, le permitió desarrollar una labor crítica en las revistas que dirigió y que hoy son consideradas un ícono: *El Grillo de Papel*, *El Escarabajo de Oro* y *El Ornitorrinco*. Su rol de crítico se nutría del de escritor y viceversa. Son impensados uno escindido del otro. Abelardo Castillo encontró en la literatura un espacio para situarse en la realidad y, desde allí, pensar y escribir sobre el hombre, sobre su libertad y sus pesares.

**Bibliografía**

Benjamin, Walter. *Estética y política*. Buenos Aires: Las Cuarenta, 2009.

Camus, Albert. *El extranjero*. Madrid: Alianza, 2009.

Camus, Albert. *La caída*. Madrid: Alianza, 2009.

Camus, Albert. *La peste*. Buenos Aires: Debolsillo, 2010.

Camus, Albert. *Calígula*. Madrid: Alianza, 2010.

Camus, Albert. *El mito de Sísifo*. Madrid: Alianza, 2010.

Castillo, Abelardo. *Desconsideraciones*. Buenos Aires: Seix Barral, 2006.

Castillo, Abelardo. *Ser escritor*. Buenos Aires: Seix Barral, 2007.

Castillo, Abelardo. *Diarios (1954 - 1991)* Buenos Aires: Alfaguara, 2014.

Cohen-Solal, Annie. *Jean Paul Sartre*. Barcelona: Anagrama, 2005.

Eagleton, Terry. *Marxismo y crítica literaria*. Buenos Aires: Paidós, 2013.

Gilman, Claudia. *Entre la pluma y el fusil*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno, 2012.

Hemingway, Ernest. *Adiós a las armas*. Barcelona: Club Bruguera, 1980.

Jitrik, Noé. *Panorama histórico de la literatura argentina*. Buenos Aires: El Ateneo, 2009.

Prieto, Martín. *Breve historia de la literatura argentina*. Buenos Aires: Taurus, 2011.

Rancière, Jacques. *Política de la literatura*. Buenos Aires: Libros del Zorzal, 2011.

Sartre, Jean Paul. *Las palabras*. Buenos Aires: Losada, 2005.

Sartre, Jean Paul. *El existencialismo es un humanismo*. Buenos Aires: Edhasa, 2006.

Sartre, Jean Paul. *Las moscas*. Buenos Aires: Losada, 2008.

Sartre, Jean Paul. *¿Qué es la literatura?* Buenos Aires: Losada, 2008.

Sartre, Jean Paul. *La náusea*. Buenos Aires: Losada, 2010.

Sartre, Jean Paul. *Las manos sucias*. Buenos Aires: Losada, 2011.

Sartre, Jean Paul. *Literatura y arte*. Buenos Aires: Losada, 2013.

Sartre, Jean Paul. *El muro*. Buenos Aires: Losada, 2013.

Sigal, Silvia. *Los intelectuales y poder en la década del sesenta*. Buenos Aires: Puntosur, 1991.

Terán, Oscar. *Nuestros años sesentas*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno, 2013.

Williams, Raymond. *Marxismo y literatura*. Buenos Aires: Las Cuarenta, 2009.